

Aceitunas aliñadas

Cosas de Primi

Primi tenía un ingenio caústico, gestos de socarrón que exageraba adrede y le gustaba tomar el pelo al lucero del alba. Hendía la ironía como los indios mejicanos hienden la navajita en el vientre de su rival, con todo cuidado y dulzura, al tiempo que insinúan por lo bajo «guárdeme este fierrito, manito...»

Una de las cosas que le he oído contar con su acento y su mucha gracia era la siguiente. «Yo me afeito —es una costumbre— con el Carpio. Ya sabes, somos amigos; además, no te cobra y esto también hay que tener en cuenta en estos tiempos... No le vas a despreciar, tampoco, si te quiere haser un favor. Pues, un día, me estaba afeitando el Carpio con aquella navaja Kamucha que él suele decir que es para las barbas buenas como la mía. A mí me había un mal horroroso, me desollaba vivo. Los canarios, en la jaula, saltaban de risa al ver correr por los dos lados de mi narís unos lagrimones... Pero ¡qué vas a haser! ¡Aguantar! De repente, en la calle Viteri, un perro se pone a ladrar como un demonio. No paraba, cada vez más fuerte. El Carpio, ya sabrás, es de la Sociedad Protetora de animales, se pone nervioso, se va a la puerta, en una mano la navaja y, en la otra, el papel pringoso de jabón usado, a ver qué le pasaba al perro. Estuvo bastante tiempo observándole y luego volvió donde mí, disiendo para sí, pero para que yo le oyera: «No sé lo que tendrá el pobresito, pero lo que es, ya sufre bien el gashua.» Entonses yo, para tomar vengansa de lo que me estaba hasiendo padecer, así como entre dientes, le dije mirando al otro lado: «Acaso será que le estarán también afeitando...»

Otra de Primi

«Una de las cosas que la gente no conoce es que hay dos clases de infierno, algo así como dos categorías, como en el sine —ya sabes— butacas para distinguidos y bancos de galería para las gentes corrientes, como nosotros. Este infierno corriente es como ese de fuego que ya conoces, pero el otro, el otro especial es de... K. K. A la entrada, en la parte alta está la oficina técnica que hace la seleción de los condenados. Claro que los de un lado y los del otro están viendo a los que hasen cola en la ventanilla, para ver si aparese algún conosido. Don Ricardo estaba entre los distinguidos. Le llegaba la marea justo, justo, hasta aquí (y señalaba el reborde de su labio inferior). No había más que mirar hasia arriba, a la oficina, sin haser el menor movimiento. Pero una ves algo malo tuvo que oler cuando, de repente, ve a su amigo Sixto que llega y que se pone en la cola. Don Ricardo,

sin dudar un momento, enseguida se da cuenta adónde le van a mandar a su amigo Sixto (figúrate: había sido en vida socialista y consejal...). Se queda aterrado, con un miedo ferós. Torsiendo el morro para evitar las xirpistiñas, levantando la vos, le grita a su amigo, con toda su fuerza: «Siissto, Siissto, tírate despasio, eh, no hagas olas...»

Una más de Primi

Yo soy muy amigo de mis amigos, nos decía una tarde.

Cuando murió X, fui a la casa a dar el pésame a la familia (ya sabes que yo soy muy cumplido) y a resarle una orasión, por si le había falta. Como soy un poco observador, estuve mirando todos los detalles. Ya me chocó en un prinsipio cómo le habían vestido al difunto, pero por discreción, no quise decir nada. El muerto tenía alguna fama de que en esta perra vida le había gustado alargar la zarpa (como dise Manuel Villarreal) más de lo debido y tocar el piano en lo de los demás.

Así fué que cuando bajaba la escalera de la casa con otro amigo, éste me dijo parándose: —«Oye. ¿No te parece raro que le hayan puesto de hábito...?» Entonses, yo le dije, para aclarar. —«Sí, pero, ¿no te has fijado, también, en un letrero que le han puesto en un costao que dise como advertensia: «El hábito no hace al monje...?»»

Echa hígado...

El cabo de aguaciles García era un hombre de mal humor que no admitía bromas ni porfías, ni cuando iba vestido de paisano y, menos, de uniforme.

Una tarde, en el almacén de don Santos, de la calle Santa María, lugar de grata frescura, buen vino y excelente cerveza, bien tirada a presión, Chapatregui, potoko, le preguntó a García de sopetón:

—Oiga Vd. Garsía. ¿Cuánto hígado cree Vd. que es capaz de comerse un gitano?

García no contestó enseguida, en trance de reflexión. —¡Cuánto, pues! sería— dijo al fin, García—, ¿medio kilo?

—¡Echa hígado, Garsía!— le responde Chapa.

—¿Un kilo?—se aventura, de nuevo el cabo.

—¡Echa hígado, Garsía!

—¿Dos kilos?

—¡Echa hígado, Garsía!

—¿Tres?

—¡Echa hígado, Garsía!

García ya no podía más: se había enfurecido y no quería, sin embargo, quedar como ignorante. Debíó de decirse para sí: última vez que digo un número.

—¿Siete kilos?

—¡Echa hígado, Garsía!—continuó impertérrito, Chapa.

García lo quería acogotar, rojo de cólera, echando chispas por los ojos, pero, entre las risas de todos, lograron calmar su ánimo. El Potoko cantó unos versos en basko y aquella canción suya de «y los pajaritos, itos, itos» y, todos contentos, celebraron la broma que, contada, no tiene el vigor y el colorido que tuvo aquella escena entre buenos amigos.

Un tipo tranquilo

Esteban Collantes era un senador de aquellos viejos tiempos en los que alteraban conservadores y liberales en el Poder. Tenía la buena costumbre de echar la siesta en su sillón de la Cámara alta y, para estar más cómodo, se desabrochaba la cintura y se soltaba los tirantes. Un día, inesperadamente, lo despertaron con premura para «alusiones» y el hombre se olvidó, en sus prisas, del reajuste obligado de sus prendas. Al poco tiempo de empezar a hablar comenzaron los pantalones a deslizarse hacia abajo, sin que el orador se diera cuenta de la fuga. Un compañero, cercano y compasivo, le advierte del compromiso. Collantes, sin inmutarse, recoge la prenda fugitiva con toda calma, sujeta los tirantes y, tras una pausa solemne, reanuda su alocución, diciendo: «Después de colocadas las cosas en su justo lugar...» Por aquel tiempo, como ahora, en Madrid sacaban punta a cualquier sucedido. A este padre de la Patria le llamaron en adelante en lugar de Esteban Collantes, Esteban Colgantes.

Rentería antigua

El Banco de Vizcaya ha editado una reproducción fotográfica de un cuadro mural de C. Santa Marina, «Rentería en el siglo XVI.» Es muy bonito. Como no queda hoy mucho de aquello, hay que procurar mimar sus restos. A mí me gusta la calle Magdalena, el día de la Octava del Corpus; me encantan la calle de Sanchoena y la casi confluencia de Orereta, Iglesia y Arriba. ¡Las viejas piedras pero sin pegotes modernistas, los aleros salientes, los hierbajos en los paredones...!

Luces

Una luz indirecta al retablo gótico de la Iglesia. Varios focos indirectos a la portada de nuestro templo. Una luz muy discreta en Mikelazulo... ¿Es mucho pedir?

Recuerdo

En el vecino Urrugne, en el reloj de la torre, alrededor de sus horas, está

inscripta la sentencia siguiente: «Omnes vulnerant, ultima necat.» (Todas hieren, la última mata.) Una réplica a la nuestra «Laizter ezango da...»

Un Premio Nóbel

A mí, Pasternak me da la impresión de ser un hombre liberal, pro-judío, cristiano de la primera época, que tiene un buen gusto literario, una preocupación por sembrar su relato con imágenes poéticas, algunas muy conseguidas, y aciertos de estilo descriptivo, en la línea de la tradición rusa de cuentos, de Chejov y de Turgeniev. Pero su obra, el *Dr. Jivago*, es deslavazada, sin gran consistencia y sin altura y calidad, como para que le otorguen esa distinción. Es una obra que, a mi juicio, se olvidará enseguida y que, si se ha editado mucho, es a causa de su resonancia política. Carece del genio creador de Dostowiesky o del aliento de apóstol del Gigante Tolstoi, a pesar de que el tema se prestaba: «50 años últimos de la Historia de Rusia.» En cambio, Pío Baroja se fué al otro mundo sin conseguir dicho premio. Lo que va de ser un autor inmasticable, pero con suerte y alabas, a otro que escribe con estilo esmerilado... y sin padrinos.

Poesía

«La música, una mujer desnuda —que corre loca— por la noche pura.»

(JUAN RAMÓN JIMÉNEZ.)

Pintura

Picasso ha pintado hace poco el cuadro «Las Meninas», de Velázquez, mostrándonos cómo a su estilo y manera, debería ser hoy dicho cuadro. Ha desmontado todo su andamiaje de ropas, adornos y colores, ha esquematizado a las personas y ha vaciado al mismo, sobre todo del famoso hallazgo de Velázquez en este cuadro: su atmósfera. Lo ha dejado en puras y secas varillas, con gestos, muecas y actitudes picasianas. ¿Qué quiere decir el superdotado y afortunado tomador de pelo con ello? ¿Que si volviera a nacer Velázquez tendría que pintar como lo hace él? La pintura parecía que había agotado todos sus recursos expresivos. Ha surgido, recientemente lo abstracto, que es hacer lo que le da la gana a uno sin cánones, patrones, ni reglas ni realidad conocida y no sólo tiene éxito, sino que se llega en la venta a precios desconocidos de altos. No se explica uno por qué está sobrevalorada la pintura, más que ninguna otra, la impresionista y la nueva o abstracta. ¿Será porque América quiere formar sus museos con género que todavía se vende en colecciones particulares, o bien es una manera segura de colocar el dinero a plazo largo?

Médica

La naturaleza es veleidosa y le gusta la pirueta. Se ha dejado dominar en algunos azotes suyos como el tifus, la lepra, la tuberculosis, la sífilis, el palu-

dismo, etc. pero, en cambio, no se deja penetrar ni sobornándole, en dominios tan simples y banales, aunque molestos, como el resfriado, el vulgar catarro, por ejemplo. No hay nada o muy poco que hacer contra él, con gran desesperación de los médicos y con gran satisfacción, por otra parte, de los farmacéuticos. Simonena, un catedrático, recomendaba la abstención total de líquidos, durante 48 horas. No creo que nadie lo haya seguido al pie de la letra. El Seguro de Enfermedad ha anulado todo el jarabeo por considerarlo ineficaz y oneroso. Los catarrosos y los neuróticos forman el 80 por ciento de los enfermos de las consultas médicas que, impacientes asaltan las boticas. Neurótico no quiere decir nervioso, aunque mucha gente crea que es igual.

El concepto de neurosis no está bien aclarado todavía entre los médicos, y su estudio profundo es como estudiar la almendra de la Personalidad humana que aún está por descubrir.

Por eso daña tanto al conocimiento que del enfermo debe tener el médico ese trasiego casi deportivo o semi-turístico que gusta practicar a muchos pacientes que van, como baúles, dando tumbos, de consulta en consulta.

ANTERITO LEREN



SALTO DE ALTURA.—Severino Iglesias, del Club Atlético Renteriano, que logró un salto de 1,60 metros en el estadio de Anoeta, de San Sebastián, el 29 Marzo último.

TELEGRAMA URGENTE DEL « CLUB ATLETICO RENTERIA »

Pasados ya dos años desde la fundación del Club, el balance de actividades desarrolladas por el mismo es francamente halagüeño. En este período se han efectuado Campeonatos Comarcales y Locales de Atletismo, así como competiciones atléticas varias, pruebas de cross en repetidas ocasiones, habiéndonos cabido en el último año el honor de que se celebrara en ésta, y por delegación de la Federación Atlética Guipuzcoana, el Campeonato de Guipúzcoa de cross en la categoría de Juveniles.

Practican habitualmente el atletismo unos 20 atletas, siendo lógicamente nuestra pretensión conseguir ampliar este número al máximo posible, sin limitaciones.

Gracias a la ayuda del Ilustre Ayuntamiento de Rentería, hemos podido adecentar en lo posible el modesto campo de que disponemos, dotándolo de una caseta destinada a vestuario, duchas y almacén de materiales, como asimismo construyendo un bordillo de cemento en la pista.